

Reseña de libros

Brautigam, Deborah, 2010. *The Dragon's Gift: The Real History of China in Africa*. Oxford: Oxford University Press, 397 pp.

Es común escuchar que el reciente interés de China en África tiene por objetivo extraer recursos naturales para sostener la industrialización de la nueva potencia y capturar mercados para sus productos. China utilizaría su millonaria cooperación económica para impulsar estos objetivos a cualquier costo, promoviendo la corrupción, apoyando gobiernos violadores de los derechos humanos y dañando el medio ambiente. Desde el lado del gobierno chino se suele responder a estas críticas resaltando su aporte para el desarrollo de la región y minimizando dichos problemas. *The Dragon's Gift* busca aclarar prejuicios y generalizaciones sobre la cooperación China en este continente, mostrando una imagen mucho más compleja e informada. Académica, consultora en temas de desarrollo del Banco Mundial y de las Naciones Unidas, Brautigam estudia la presencia China en África desde hace tres décadas. Por ello, tiene credibilidad cuando le ofrece al lector la «verdadera» historia de esta relación.

Haciendo uso de casos, anécdotas y cifras muy completas (dentro de lo posible), Brautigam argumenta que China no es ni un diablo ni un santo. Es más, en algunos casos es menos diablo que otras potencias de occidente. El período estudiado, desde la década de 1960 hasta la actualidad, es en sí mismo una prueba de que el interés chino en la región no es reciente ni basado en un interés de corto plazo, como señalan sus críticos. El libro realiza una larga descripción de los cambios que ha tenido la asistencia para el desarrollo china a lo largo del tiempo para demostrar que la verdad está más cerca de un claroscuro. Debe ser evaluado, entonces, de acuerdo a qué tan convincente y documentada es la versión ofrecida.

El trabajo logra en gran medida su objetivo. En primer lugar, queda claro que China ha sido desde el inicio pragmática en su cooperación con países africanos, y es ese pragmatismo, antes que preferencias por cierto tipo de regímenes, lo que hace que no ponga condiciones humanitarias o de gobernabilidad a los países que reciben su asistencia económica. La cooperación china ha sido cuidadosa de no intervenir en política interna. Salvo el apoyo de Mao a ciertos gobiernos que se declararon socialistas después de su independencia y alguna aventura revolucio-

naria en la década de 1960, China no basa su cooperación en preferencias ideológicas o de cualquier otro tipo. Obviamente, como también discute la autora, este pragmatismo resulta conveniente a muchos gobiernos que distan de tener estándares humanitarios o de transparencia.

Un segundo punto también discutido en forma convincente es el carácter de mutua conveniencia en el que se basa esta cooperación, que en algunos casos escapa a la definición de cooperación y se acerca más a la inversión o ventas subsidiadas (pp. 13-14; capítulo 4). China nunca ha negado el carácter utilitario de su cooperación; desde la década de 1960 sus funcionarios han resaltado que China es un país en desarrollo que no puede regalar sus recursos. Desde esos años se financian proyectos que benefician tanto a la sociedad receptora como a China. En ese tiempo, se enviaba personal chino a colaborar con el funcionamiento de diversos proyectos, como pozos petroleros, minas, hospitales, granjas, fábricas, empresas pesqueras y ganaderas, entre otros, en los que China tenía interés (capítulo 1). La idea inicial era ir transfiriendo, de a pocos, la gestión a operarios locales. Luego esta relación cambió, en muchas ocasiones por pedido de los propios gobiernos receptores: la administración de los proyectos quedaba en manos de los operarios chinos para evitar que inexperiencia o corrupción afectaran su desarrollo.

Las mejores páginas del libro (capítulo 2) son las que describen cómo China aprendió de su relación con Japón para desarrollar y perfeccionar sus más recientes mecanismos de cooperación en la región. Desde la década de 1970 el desarrollado Japón invierte en China en proyectos en los que aporta tecnología y maquinaria, y China le paga con recursos naturales. Japón lograba así promover su tecnología, todavía atrasada en comparación con la de otros países de occidente pero bastante más económica, a cambio de recursos naturales. China, ahora la potencia en desarrollo, hace lo mismo en África, incluyendo en esta relación a sus empresas estatales. Como señalaba antes, algunas de estas relaciones escapan o están en el límite de lo que se consideraría cooperación para el desarrollo (construcción de infraestructura; venta de vehículos para ser usados en transporte público) y son más bien formas de inversión privada o subsidios comerciales (capítulo 4). Sin embargo, la autora resalta que la cooperación occidental frecuentemente esconde los beneficios directos negociados de la mano de la ayuda para el desarrollo, por lo que puede resultar menos transparente que estas formas abiertas de intercambio.

Una tercera conclusión, relacionada con el punto anterior, es que occidente podría aprender algunas lecciones de la cooperación china. Brautigam muestra cómo mientras los gobiernos de occidente entregan los proyectos a los países receptores una vez concluidos, y se desentienden de los mismos, China les hace seguimiento para evitar que se pierda lo invertido. En la década de 1980, por ejemplo, cuando la crisis de la deuda redujo la cooperación internacional, China optó por invertir fondos en proyectos que había desarrollado años antes y que todavía consideraba viables. La cooperación de países occiden-

tales, por el contrario, frecuentemente cambia de agenda, y se desentiende de los proyectos una vez entregados. Además, la cooperación china puede ser más respetuosa y sensible a la pobreza local que la cooperación occidental. Los operarios chinos reciben salarios comparables a profesionales locales y evitan la costosa parafernalia de hoteles, vehículos y oficinas que muchas veces rodea a la cooperación de otros países.

Finalmente, la autora ofrece abundante información para demostrar que los montos de la cooperación china en la región no son tan exorbitantes como suelen indicar los que ven con temor su influencia (capítulo 6). Brautigam reconoce que sus cifras son aproximaciones, dada la poca transparencia sobre los montos de cooperación. Sin embargo, los datos muestran que esta cooperación todavía está detrás de la ayuda de otras potencias.

La autora no evita mirar al lado oscuro de esta relación. Si bien el tema también se discute de manera transversal, el capítulo 11 está dedicado a evaluar las principales acusaciones contra la actuación de China en África. Se concluye que varias de ellas tienen mucho de cierto: apoyo y tolerancia a gobiernos violentos y corruptos; no incrementar el empleo local (por ejemplo, trayendo trabajadores desde China); daños al medio ambiente y a la agricultura de subsistencia; entre otros temas. Pero también se muestra que en varios casos las versiones son exageradas, o que sí existen algunos límites para garantizar un uso adecuado de los fondos.

Tal vez los críticos de China encuentren insuficiente esta evaluación. Personalmente, considero que pudo decirse más sobre el costo ambiental de actividades extractivas o de la tolerancia a gobiernos represivos. Sin embargo, sería injusto señalar que la autora solo presenta una imagen positiva de China. La lección general que deja el volumen, más bien, es que dependerá de cada sociedad receptora marcar su relación con una muy pragmática China, y que los vicios y virtudes de esta relación pasan en gran medida por el gobierno receptor antes que por un plan conspirativo de la nueva potencia.

Este valioso trabajo tiene un problema. La narrativa frecuentemente pierde profundidad analítica por resaltar datos y anécdotas. Aunque los detalles son parte importante de la riqueza del libro, en diversos pasajes descripciones de un proyecto particular oscurecen los puntos principales del capítulo y su relevancia para el conjunto del trabajo. Se pudo utilizar de mejor manera las secciones iniciales o finales de cada capítulo para brindar un mapa de ruta al lector. Este problema, sin embargo, no desmerece un libro agudo e informado; útil para quienes desde Latinoamérica analizan y debaten cuál es la mejor forma de relacionarse con esta potencia en crecimiento.

Eduardo Dargent
Pontificia Universidad Católica del Perú